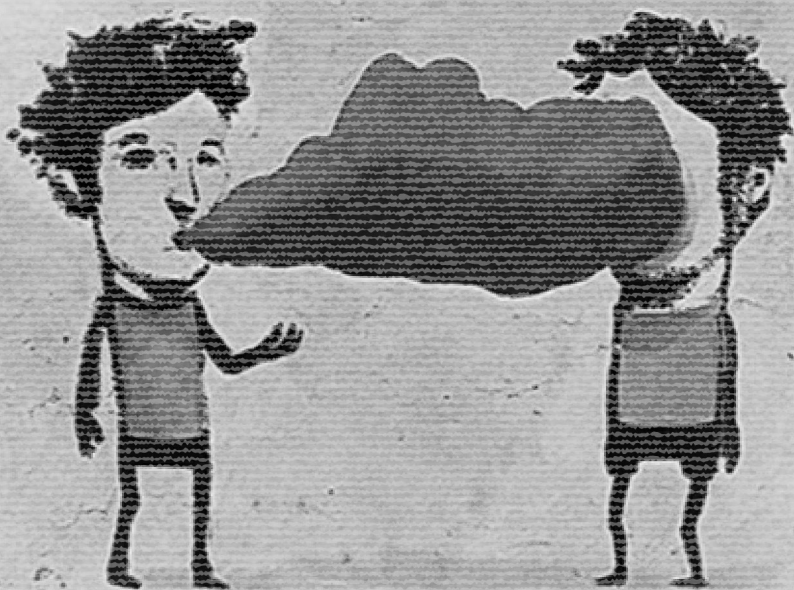


**Guadalupe Reinoso
(Ed.)**

El poder de la argumentación

Filosofía, desacuerdos y
prácticas argumentativas



El poder de la argumentación.

Filosofía, desacuerdos y
prácticas argumentativas

Guadalupe Reinoso
(Ed.)

Colecciones
del CIFYH 

El poder de la argumentación : filosofía, desacuerdos y prácticas argumentativas / Cristina Bosso... [et al.] ; editado por Guadalupe Reinoso. - 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1773-0

1. Filosofía Moderna. I. Bosso, Cristina. II. Reinoso, Guadalupe, ed.

CDD 199.82

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de portadas y diagramación: María Bella

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



El regreso de los sofistas¹

Cristina Bosso*

Dos concepciones del lenguaje

Los sofistas: representantes de un movimiento que en la aurora del pensar occidental escandalizó a toda Grecia, villanos indiscutidos de la saga de la filosofía. Pocos personajes de la escena filosófica tienen tan mala fama como ellos, a tal punto que en el *Vocabulario técnico y crítico de la Filosofía* (1966) Lalande afirma que “descienden por debajo de las normas adquiridas y se apartan de ellas por perversión o esnobismo”, y define a la sofística como “una filosofía de razonamiento verbal sin solidez ni seriedad”. Incluso en el lenguaje coloquial muchos idiomas han recogido esta connotación peyorativa, que identifica al sofista con el embaucador con aires intelectuales.

Los estudios más actuales sostienen que esta mala fama es producto de la condena de Platón, quien hizo de los sofistas los adversarios necesarios para contraponer sus ideas, el *alter ego* negativo del filósofo, que utiliza como telón de fondo para destacar la dignidad de la tarea de buscar la verdad. Como dice Victoria Camps (2016), las teorías ganadoras en este enfrentamiento son la de Platón y Aristóteles; comienza con ellos un dominio del *logos* en un discurso que da razones en favor de supuestas verdades que de ahí en adelante serán consideradas puntales del conocimiento (p.18)².

1 Agradezco al Dr. José María Nieva, especialista en filosofía antigua de la UNT, por sus generosos aportes conceptuales y sugerencias bibliográficas que fueron fundamentales para enriquecer este trabajo.

2 Para Claudia Mársico (2005) se trata de un caso claro y extremo del éxito que puede tener una categoría sustentada por una estrategia argumentativa potente que utiliza Platón: la de aplicar la categoría de “sofista” a todos los adversarios teóricos que no se atienen a la propuesta de radicalismo ontológico que plantea en la teoría de las ideas. Para Barbara Cassin el objeto sofístico es un artefacto platónico,

* Facultad de filosofía y Letras- UNT; cbosso@gmail.com

En el trasfondo de la disputa entre Platón y los sofistas se juega nada menos que la concepción de la verdad y el papel del lenguaje, problemas de larga data y profunda raigambre filosófica que no se han resuelto aún y nos siguen inquietando; es por ello que propongo abordar los orígenes de estos problemas con la intención de iluminar la reflexión actual.

A la luz de los análisis contemporáneos podemos advertir que en la disputa entre Platón y los sofistas se enfrentan dos concepciones diferentes del lenguaje: en tanto el primero defiende para la filosofía su capacidad de representar el mundo y expresar la verdad, los sofistas se enfocan en la función argumentativa, que lo concibe como una herramienta eficaz para actuar sobre el mundo. Platón considera que solamente la primera función puede ser de interés para la filosofía, entendida como el ámbito de enunciación de la verdad, y relega la segunda al plano del engaño y del error, de la argumentación superficial, sin sustrato, de la falsedad, descalificando a los sofistas con una condena que recorre la historia.

A mi juicio podemos considerar injusta esta condena y reconocer que cada bando defiende una función diferente del lenguaje, y que cada una de ellas tiene su utilidad y su espacio de aplicación. Wittgenstein propone una concepción más compleja del lenguaje, que permite dar cuenta de que

una máquina de guerra producto de los diálogos, de dónde se desprende la figura tradicional, desacreditada en todos los planos. Aristóteles no se conforma con reducir la sofística a la sombra nociva de la filosofía, sino que elabora una verdadera estrategia de exclusión que los margina de los confines de la filosofía. “Confunden alteridad con nada” dice Mársico (p.14). Denostados y denunciados por Platón, nuevas interpretaciones vuelven sobre estas figuras para rescatar aspectos que han quedado en las sombras a causa del estigma que este ha impuesto. Como señala Jacqueline de Romilli (2010), es fácil constatar que en el asombroso desarrollo de su época desempeñaron un papel no menos sorprendente: todo parece haberse llevado a cabo bajo su influencia y con su participación; todo el mundo reconocía su importancia: los escritores de su época fueron discípulos suyos, todos aprendieron de ellos, los imitaron o discutieron con ellos. Son los artífices de la evolución del derecho ateniense, los debates entre los oradores, historiadores y trágicos, el ejercicio de la democracia. Ejercen una influencia profunda y duradera en el pensamiento de Grecia. La atención que les dedican Platón y Aristóteles así lo demuestra. El mismo Platón testimonia la extraordinaria notoriedad de este puñado de hombres. Protágoras es un hombre eminente y respetado; el diálogo que lleva su nombre nos presenta a Sócrates emocionado por su visita a Atenas, encandilado por su sabiduría, y a toda Atenas ansiosa por oír a los maestros, “manteniéndolos bajo el hechizo de su voz como Orfeo” (p.12).



posee diferentes funciones, que no se oponen ni se excluyen entre sí; se trata de juegos de lenguaje con reglas diferentes, que responden a necesidades diferentes y permiten hacer cosas diferentes. Desde allí defendemos que, a diferencia de lo que pensó Platón, la función argumentativa resulta central para el ejercicio de la filosofía. Si partimos de la base de que en nuestro campo no es posible demostrar la verdad de las afirmaciones a la manera de las matemáticas (salvo en el área de la lógica), ni es posible ofrecer pruebas, a la manera de las ciencias, podemos coincidir con Perelman (1997) en que la argumentación constituye la base de la actividad filosófica, cuya tarea, más que probar y demostrar, consiste en discutir conceptos, buscar acuerdos y generar consensos; y esta posiblemente es la función más importante ya que constituye el pilar fundamental de la vida en sociedad.

Asumiendo este punto de vista a lo largo de este trabajo nos proponemos mostrar que la propuesta de los sofistas trae aparejada una concepción más amplia del lenguaje, que da cuenta de su relación con la praxis y puede ser pensado como una acción en tanto produce efectos. A partir de ahí rescatamos la importancia del papel de la argumentación como fundamento de la vida en sociedad, como el único camino para construir acuerdos.

Analizar las causas que llevan a Platón a excluir la retórica del plano de la filosofía nos permitirá dismantelar algunos prejuicios filosóficos fuertemente arraigados y repensar el problema del lenguaje y su compleja relación con la verdad y con la acción. Como sostiene Bárbara Cassin (2008), este cambio de perspectiva nos permite reorganizar el cosmos de la filosofía a partir de un punto de vista más completo, más contemporáneo, más atento. (p.22).

Por ser cultores de la argumentación, especialistas en retórica, maestros en el arte de la palabra, los sofistas resultan de especial interés para nosotros a la hora de indagar los vericuetos de los usos del lenguaje, sus alcances y su poder. Es por ello que proponemos un itinerario que retrocede desde Platón hacia los sofistas para rastrear otras posibles formas de pensar que no casualmente comienzan a ser revalorizadas en la actualidad.

El discurso como palabra eficaz

Platón concibe a la filosofía como el intento de captar realidades trascendentes y fundantes, que se encuentran fuera del mundo sensible. En esta concepción del conocimiento como *theoría*, como la visión de lo que *es*, como un *ver con los ojos del alma*, claramente el lenguaje no puede tener ninguna importancia: frente a la luminosa posibilidad de intuir Ideas, el lenguaje tiene un status secundario y derivado, aparece como un elemento superfluo, fuente de confusión y error. Bárbara Cassin (2008) llama a esta concepción del lenguaje onto-logía, en la medida en que la única función legítima que se le reconoce es la de enunciar la verdad (p.19).

La condena al uso sofístico del lenguaje y sus estrategias de persuasión es el reconocimiento del poder de la argumentación; Platón conoce su peligro, por eso lo combate. Como señala Laura Candiottto (2017), Platón considera peligroso el encantamiento poético en tanto nos engaña y no conduce a la conciencia de la verdad. El recurso estético posee un riesgo epistémico: desde el punto de vista del proceso cognitivo nos conduce a resultados inciertos, sospechosos, engañosos. En tanto pretende fundar una conciencia segura, que no produzca falsas opiniones, Platón condena tanto la función poética como la función argumentativa ya que ambas apelan a las emociones del interlocutor y son capaces de inducir falsas opiniones³.

Frente a esta luminosa tarea onto-lógica de enunciar la verdad, la argumentación aparece como una tarea menor, incluso sospechosa, puesto que no posee la garantía de sostener un vínculo intrínseco con la verdad. Esta valoración se mantiene a lo largo de la modernidad, que haciendo gala de un irreductible optimismo confía en la posibilidad demostrar y fundamentar una verdad sin fisuras, a la manera cartesiana. Para Perel-

3 Sin embargo, como advierte Candiottto (2017), Platón condena el poder de encantamiento que posee el lenguaje pero no se deshace de él y lo utiliza en su propio beneficio; no sigue sus propias indicaciones y utiliza con eficacia el poder del discurso y la persuasión. En efecto, podemos decir con justicia que Platón es un maestro de la argumentación; sus relatos están plagados de metáforas, imágenes visuales y potentes recursos argumentativos tendientes a persuadir al interlocutor. Como señala Arendt (2008), los mitos del más allá constituyen narraciones pensadas para infundir miedo. Por otro lado, el diálogo como estilo de escritura constituye un recurso interesante que utiliza este autor, constituye una puesta en escena, una estrategia de persuasión.

man (1997), esto redundaría en el descrédito de la argumentación y la retórica, que pronto quedan restringidas al estudio de las figuras poéticas del lenguaje y desterradas de la filosofía.

La argumentación, sin embargo, constituye uno de los pilares fundamentales que sustentan la posibilidad de implementar la democracia como forma de gobierno, una idea sin lugar a dudas revolucionaria en el mundo antiguo, que trastoca la concepción del poder político unipersonal para trasladarlo al ciudadano. La democracia se funda en la posibilidad de disentir, de escuchar propuestas diferentes y defender las propias; hace necesario exponer las ideas con claridad, argumentar con eficacia, justificar las propuestas. Como señala Arendt, la persuasión constituye la forma específica del discurso político del que los griegos se enorgullecen, en tanto la contienda discursiva reemplaza al uso de la fuerza a la hora de dirimir conflictos; es por ello que el arte de la retórica se considera el más elevado, del que los atenienses se enorgullecen a tal punto que *Peitho*, la diosa de la persuasión, tiene su propio templo en Atenas.

En este contexto aparecen los sofistas, quienes, como señala Néstor Luis Cordero (2008), fueron los primeros en desarrollar un dominio del quehacer humano apenas frecuentado por los grandes filósofos: el discurso y sus leyes. Gorgias, el gran sofista, maestro en el arte de la persuasión, reivindica el poder del discurso y sus posibilidades; así lo dice en el *Elogio de Helena*: “el discurso es un gran soberano que por medio del más pequeño y más imperceptible de los cuerpos lleva a cabo los actos más divinos” (Cassin, 2008, p. 63). El *Elogio* se estructura sobre la consideración de múltiples posibilidades; como en un juego, en este famoso discurso Gorgias es capaz de convencer a los atenienses un día de la inocencia y al otro día de la culpabilidad de la mítica princesa de Troya para demostrar el poder que posee la argumentación. Seguramente todos tenemos experiencia de situaciones análogas: el cine registra algunos ejemplos magistrales de la eficacia de las estrategias argumentativas, por medio de los cuales los contendientes son capaces de gestionar cambios en el modo de ver las cosas y nos convencen de diferentes cosas; también en nuestra vida diaria al escuchar diferentes versiones de un mismo hecho podemos cambiar nuestra interpretación.

Esto nos muestra que un mismo hecho puede ser valorado de manera diferente de acuerdo a cómo se lo presente. Lo que se pone en juego aquí no es la verdad sino las valoraciones que podemos introducir. Podemos

describir un asesinato o describir la traición de Helena: ahí se juega la verdad como exactitud en la representación de los hechos; la función argumentativa, en cambio, pone de relieve el poder del discurso para introducir valores y sentidos en la descripción de los hechos.

Para Bárbara Cassin (2008) el *Elogio de Helena* es el elogio del decir eficaz, en el que el discurso aparece en su función performativa, mostrando su poder para introducir una interpretación de los hechos. En este caso el lenguaje no pretende dar cuenta del mundo sino desplegar otras posibilidades: *El Elogio de Helena* es la aventura del lenguaje, el momento en el que la palabra vale más que la cosa, dice Cassin. El efecto retórico es, por eso, para ella, uno de los usos más eficaces del lenguaje.

Esta concepción del lenguaje como palabra eficaz pone el acento en su potencia operativa, esto es, en su poder para actuar y hacer cosas, en su capacidad de inducir interpretaciones. En este caso el *logos* es entendido como un *pharmakon* en su doble acepción: medicina y veneno, que posee el poder de operar en la disposición de nuestro ánimo y persuadir, atemorizar, seducir, convencer, entristecer entre otras cosas. Como dice Mourelatos, entre los discursos unos afligen, otros encantan, atemorizan, infunden coraje; otros intoxican el alma y la embrujan. Seguramente todos hemos experimentado el influjo de este poder: la lectura de una novela es capaz de indignarnos, entristecernos o atemorizarnos, aun sabiendo que se trata de un relato de ficción; un encendido discurso puede conmovernos hasta las lágrimas, promover acciones, alentar nuevas esperanzas, desatar nuestra cólera.

Esto pone de manifiesto la potencia operativa del *logos* y nos permite advertir que hay historias que no son verdaderas ni falsas pero están cargadas de sentido, que poseen la capacidad de operar como modelos, de transmitir valores, de generar reacciones. Desde este punto de vista el lenguaje no sólo puede ser considerado solamente una herramienta para expresar la verdad sino también un instrumento para hacer cosas; su función no se reduce a reproducir los hechos sino que posee el poder de introducir nuevos sentidos en el mundo. El discurso se nos presenta como una acción capaz de producir efectos, cuyo poder se mide en términos de efectividad.

Como sostiene Claudia Mársico (2005), en este modelo el lenguaje no tiene un status secundario y derivado como ocurre en el modelo ontológico: El lenguaje aparece como productor: es el punto cero, el punto de

partida, no el último eslabón de la captación intelectual como se postula en el modelo platónico. En esta concepción el lenguaje no aparece como fuente de error sino como fuente de posibilidades.

Bárbara Cassin (2008) propone denominar *logología* a esta función para contraponerla a la *ontología*, puesto que no se enfoca en la función del lenguaje de hacer referencia a las cosas sino en la estructura del lenguaje mismo y su poder de operar sobre el mundo⁴. Desde este punto de vista se advierten posibilidades diferentes para el lenguaje, ya que este adquiere una gravitación fundamental en el ámbito de la praxis.

La filosofía y su proyecto de develar los secretos del universo se enfrenta con una filosofía enfocada en la *praxis* y en los problemas del hombre. Los filósofos teóricos, desinteresados de la contingencia humana en pos de acceder a verdades trascendentes se enfrentan a la filosofía entendida como la enseñanza una *techné* que reivindica su utilidad práctica. Nace allí la división entre acción política y verdad, dice Arendt (2008), entre el hombre de acción y el hombre de pensamiento, en la que el primero de los términos resulta menospreciado frente a la luminosa tarea de develar la verdad reservada para los intelectuales.

Este énfasis en la función performativa anticipa concepciones contemporáneas que pondrán el énfasis en la relación del lenguaje con la praxis, como es el caso de Wittgenstein y sus secuaces, como las investigaciones de Austin, quién muchos siglos después da cuenta del poder de la palabra para hacer cosas, como la intrínseca relación entre lenguaje y acción que advierte Arendt.⁵ Comparto, por lo tanto la reivindicación que proponen tanto Claudia Mársico como Bárbara Cassin, para quienes los sofistas anticipan la concepción del lenguaje como acción, que se interesa por sus efectos en el mundo, que supera –y completa– a la concepción que le asigna una función meramente reproductiva.

4 Toma este nombre de Novalis, que la usa, sin definirla, en 1789 en el *Monólogo* para calificar algunos de sus fragmentos.

5 Resulta muy revelador el título de la obra más conocida de Austin: “Como hacer cosas con palabras” que pone de relieve que el lenguaje hace cosas.

Sobre la posibilidad de construir acuerdos

Según sostiene Hannah Arendt (2008), en el camino de construir una vía segura de acceso al conocimiento Platón ha instalado una tiranía de la verdad, en la que la filosofía aparece como una interacción con las cosas eternas, preocupada por la búsqueda de una verdad objetiva, desconectada y desinteresada de la esfera de los asuntos humanos. También en este contexto el discurso filosófico aparece contrapuesto a la retórica: en su búsqueda de objetividad, el filósofo distingue su saber de la mera opinión, de la *doxa* que contamina el acceso a la verdad aséptica, incontaminada; deja, por lo tanto de lado al sujeto y sus posibilidades reales para embarcarse en la búsqueda de lo incondicionado.

Los sofistas, por el contrario, se interesaron por el ser humano y sus costumbres. Tuvieron muy claro que en los asuntos humanos nos movemos en el ámbito de la *doxa*, de las opiniones más que en el de la *episteme*, y desde allí se interesaron por la acción política y por la posibilidad de construir acuerdos. Este reconocimiento de las diferencias entre puntos de vista, que constituye un elemento que los caracteriza, no es casual: en su gran mayoría son extranjeros, grandes viajeros, por lo tanto conocen otras culturas, se han formado en el ejercicio crítico al conocer sistemas diferentes y compararlos. Han forjado su pensamiento a partir del reconocimiento de las diferencias, tal vez a causa de esto en lugar de buscar verdades trascendentes, los sofistas defienden la posibilidad de sostener perspectivas diferentes.

La naturaleza de las leyes fue uno de los temas por los que se preocuparon; para ellos las leyes son convenciones humanas (*nomoi*), por lo tanto pueden ser discutidas, cuestionadas y modificadas en tanto se consideren injustas. Este principio, tan obvio para nosotros en la actualidad, no lo era en ese momento, en el que se adjudicaba a las leyes un origen divino. La concepción de las leyes que defendieron los sofistas constituye uno de los pilares fundamentales para el ejercicio de la democracia, que supone la posibilidad de cuestionar y perfeccionar las leyes, lo que habilita la discusión y obliga a contrastar opiniones, a debatir fundamentos, a construir acuerdos más justos.

La figura de los sofistas resulta imprescindible para pensar lo político y la democracia, ya que se ocuparon de manera constante de elaborar una ciencia política, compararon las leyes de Atenas con las de las otras

polis contribuyendo a generar un espíritu crítico que impulsa el desarrollo del Derecho y la democracia. Recordemos que Protágoras era cercano al círculo de Pericles, quien llevo a cabo grandes reformas que permitieron establecer la democracia.

Los grandes maestros, Gorgias, maestro de retórica, y Protágoras, de política, se interesan por las consecuencias prácticas del discurso, y la posibilidad de argumentar para consensuar acciones y establecer acuerdos, para proponer una renovación en las ideas y los principios que rigen una sociedad. En efecto, el discurso, la argumentación, constituyen el fundamento de la acción política, son las únicas herramientas que tenemos para generar acuerdos, ya que en el plano en las disciplinas prácticas, como ética y política, como el mismo Aristóteles lo señala, el desacuerdo y las controversias resultan inevitables ya que no se puede demostrar la verdad de las afirmaciones apelando a evidencias definitivas. Tal vez por esto, como sostiene Bárbara Cassin (2008), se califica a esta corriente de manera cada vez más positiva de relativista, progresista, atenta a los fenómenos y al mundo humano, incluso humanista.

En este punto me parece iluminador recordar que en el diálogo platónico que lleva su nombre Protágoras relata el mito de Prometeo. A la tradicional historia que cuenta que este héroe entrega el fuego a los hombres, introduciendo la *techné*, Protágoras le agrega un elemento que no estaba en el mito original: relata que los hombres no podían vivir juntos, ya que no cesaban de atacarse unos a otros porque no poseían el arte de la política. Zeus, temiendo que se exterminen entre sí, les envía el don de la moral y la justicia que se reparte entre todos los hombres. El término en griego para mencionar el regalo de Zeus es *aidós*: conciencia moral, que en un sentido amplio, también significa respeto mutuo.⁶

En este relato simbólico, plagado de sugerentes pistas para pensar la condición humana, a mi juicio resulta muy significativo el hecho de que, a diferencia de los que ocurre en el Antiguo testamento con las tablas de Moisés, en el relato de Protágoras Zeus no les da a los seres humanos un sistema de leyes sino el don que les permitirá construirlo. Desde aquí podemos pensar en la importancia que reviste para la vida en sociedad el ejercicio del arte de la política entendido como el único camino posible

⁶ *Aidos* es un término griego de difícil traducción; alude al sentimiento de pudor o vergüenza en clave moral, de allí al respeto mutuo.

para buscar el consenso entre posiciones diferentes que es lo que nos permite la vida en comunidad.

Como sostiene Cassin (2008), el *logos*, el discurso, es la condición necesaria de lo político; “la retórica es el nombre de la política”, dice. Este es para ella el uso sofístico del *logos*, que se desprende de la concepción del lenguaje como fuerza operativa que describimos en el apartado anterior; como en el mito de Prometeo, podemos concebir que a los seres humanos no nos ha sido revelada una verdad sino solamente la posibilidad de construir acuerdos. El lenguaje en su dimensión argumentativa puede ser pensado como una herramienta para construir acuerdos, un instrumento útil para actuar sobre el mundo. Es, en cada ciudad, lo que la mantiene unida; es la que puede contribuir al orden del presente dice Cassin; por eso la retórica es, para ella, el nombre del proyecto infinito de la filosofía: es la filosofía misma.

Según esta pensadora, el consenso revaloriza el poder del lenguaje antes que el empleo de la fuerza. El consenso es, en nuestros días, un concepto bisagra, que permite la articulación de tres dominios: el lógico en sentido amplio porque es el lenguaje y no la fuerza el instrumento del consenso, que pone en práctica lo que se llama hoy “razón comunicacional”; el ético, porque el consenso signa la elección del bien o al menos da testimonio del cálculo de lo que se considera lo mejor; y el dominio de lo político, ya que el consenso se presenta como una condición para la paz civil, social, nacional e internacional (Cassin, 2008, p. 106)

En la acción política el *logos*, entendido como palabra eficaz, funciona como paradigma de igualdad y constituye la base de la democracia: todos tienen la posibilidad de hablar, todos pueden alzar su voz en la asamblea. Protágoras, recordado más por su apuesta al relativismo que por su encendida defensa de la democracia, ha sido uno de los principales promotores de la *isegoría*, esto es, el sistema que instala la posibilidad de que todos tengan derecho a hacer uso de la palabra y a ser escuchados, de la que la democracia ateniense está tan orgullosa y que como todos sabemos, resulta tan difícil de lograr aún hoy.

Pero la igualdad de derechos no garantiza la igualdad del impacto que el produce un discurso en la práctica, resulta por ello de fundamental importancia aprender a hablar en público para defender las ideas en una asamblea, de allí la importancia de la función de los maestros en retórica

que enseñan a expresar opiniones e ideas de manera eficaz. Retórica, democracia y política se encuentran, así, indisolublemente vinculados.

Esto nos permite advertir que el objetivo de la sofística no es dotar al discurso de giros de una belleza superficial; como señala Jacqueline de Romilly, (2010) la sofística posee también un contenido intelectual, una sabiduría y una experiencia nacida en el arte de dirigir bien las ideas. No olvidemos que para los griegos *logos* significa razón y lenguaje a la vez, ya que, a diferencia de lo que ocurre hoy, se trata para ellos de conceptos inseparables. Dirigir bien al *logos* implica poder hacer un buen uso de la argumentación en términos racionales. El arte de la sofística constituye un entrenamiento que involucra el dominio del lenguaje y de la razón; no se trata sólo de “hablar bien” en el plano de lo estético, de desarrollar la elocuencia como ornamento o artificio, sino de aprender a razonar bien, ya que una buena argumentación es una argumentación racional, de otra manera no se sostiene. Esta concepción se anticipa a la teoría de la acción comunicativa que desarrollará Habermas mucho tiempo después.

Como señala Perelman (1997), el descrédito de la retórica y la teoría de la argumentación han desembocado en el olvido de la razón práctica. Y hoy se hace necesario rescatarla, ya que la retórica constituye el instrumento imprescindible para la acción política, y el arte de la política es la condición imprescindible para la vida en sociedad.

También Richard Rorty (2008) aboga por un concepto de racionalidad relacionado con la praxis, que permita incluir una serie de virtudes morales como la tolerancia, el respeto por las opiniones de quienes nos rodean, la disposición a escuchar, la posibilidad de recurrir a la persuasión antes que a la fuerza. Para este pensador ser racional consiste en poder examinar cualquier tema de modo que descarte el dogmatismo, la actitud defensiva y la radical indignación.

En estas posiciones de pensadores contemporáneos parecen resonar los ecos de las voces de los sofistas, cuyo mensaje se reviste hoy más que nunca de una gran actualidad, por eso me gustaría cerrar con una cita de Claudia Mársico (2005):

Su intento de responder a los dramas que acucian a los hombres concretos que caen víctimas de la imposibilidad del acuerdo los acercan mucho más a los problemas de nuestra época, tan sensible al problema de que no hay manera de establecer objetivamente lo real. Gorgias vislumbró muchos problemas que desvelaron a la filosofía del Siglo XX que sobre todo des-

pués de las dos guerras mundiales se toparon con la aporía de las posiciones irreconciliables (p.107).

A modo de conclusión

Los sofistas proponen un modo de filosofar diferente al modelo que ha impregnado la filosofía occidental, que constituye una alternativa que ha sido descuidada por el gran linaje de Parménides, Platón y Aristóteles. Luego de este recorrido me parece justificado sostener que esta perspectiva nos permite recuperar una concepción más amplia del lenguaje, más rica en matices, que da cuenta de que sus posibilidades no se restringen a la expresión de la verdad sino que puede ser pensado también como una acción que produce efectos, como una herramienta para producir acuerdos; se destaca, así, su posibilidad de operar sobre el mundo ejerciendo una función activa en nuestro trato con él.

Dejando de lado la aspiración de buscar la verdad absoluta, la propuesta de los sofistas es mucho más modesta; en lugar de prometernos la Verdad, se enfoca en la búsqueda del consenso, en la posibilidad construir acuerdos, tarea imprescindible en el marco de una sociedad crispada, fragmentada, en la que asistimos a la radicalización de las opiniones, a los enfrentamientos y a la construcción de trincheras ideológicas que fomentan los desacuerdos y se niegan a escuchar las voces diferentes.

Recuperar el mensaje de los sofistas nos conduce a recordar que la política es el territorio de la opinión y no de las verdades absolutas, lo que constituye un eficaz antídoto para contrarrestar la arraigada pretensión de sentirnos dueños de la verdad, que parece estar creciendo cada vez más en el mundo contemporáneo, y nos conduce a pensar que tal vez es el momento de abandonar las posturas extremas y asumir que el territorio humano no es un campo de batalla entre verdades absolutas sino un lugar en donde contrastamos propuestas, evaluamos criterios, buscamos consensos.

Asumir este punto de vista trae aparejadas importantísimas consecuencias para la vida práctica, puesto que desde allí resulta posible generar una actitud abierta a la escucha de otras propuestas, otras maneras de pensar, otras opiniones. El regreso de los sofistas puede servir para revalorizar la desprestigiada *doxa*, para advertir que nuestra vida se desarrolla en el marco de la opinión, para diluir las certezas y sacar al hombre contemporáneo del asfixiante mundo de la intolerancia y las posiciones



cerradas, que constituyen los mayores obstáculos para alcanzar algunos acuerdos que nos permitan vivir mejor.

Referencias Bibliográficas

Arendt, H. (2008). *La promesa de la política*. Paidós.

Arendt, H. (1996). *La condición humana*. Paidós.

Camps, V. (2016). *Elogio de la duda*. Arpa y Alfíl Editores.

Cassin, B. (2008). *El efecto sofístico*. Fondo de Cultura Económica.

Cordero, N. L. (2008). *La invención de la filosofía*. Biblos.

Candiottto, L. (2017) "Incantamenti: il potere di la parola in Sócrates e i rapsodi e l'invenzione platónica della *performance* filosófica", *Anais de filosofía clásica* 11 (21), 36-51.

De Romilly, J. (2010). *Los grandes sofistas en la Atenas de Pericles*. Gredos.

Lalande, A. (1966). *Vocabulario técnico y crítico de la Filosofía*. El Ateneo.

Castello, L.; Mársico, C. (2005). *El lenguaje como problema entre los griegos: ¿cómo decir lo real?*, Altamira.

Mondolfo, R. (2004). *El pensamiento Antiguo*. Losada.

Mourelatos, A. (1987). "Gorgias on the Function of Language", en *Philosophical Topics*, XV, 2, 135-170.

Spangenberg, P. (2009), Phantasia y verdad en Protágoras, en G. Marcos y M. E. Díaz (Eds.) *El surgimiento de la phantasia en la Grecia clásica. Parecer y aparecer en Protágoras, Platón y Aristóteles*. Prometeo, 69-98.

Platón. (2016) *Diálogos*. Gredos.

Perelman, C. (1997). *El imperio retórico*. Norma.

Rorty, R. (2001). *La secularización de la filosofía*. Paidós.

Rorty, R. (1996). *Contingencia, ironía y solidaridad*. Paidós.